

El heroísmo de España

Por MIGUEL DE UNAMUNO

(Especial de La Nación)

SALAMANCA, 1922.

Hace unos meses recibí y leí un libro de un francés, Mr. Ancres Dubreton, sobre el que él llamaba "rey salvaje"—"Le roi sauvage" se llama el libro—o sea nuestro Enrique IV, el Impotente, el hermano de Isabel la Católica, el que vivió hosco y retraído en Segovia y fué destronado en efígie en las afueras de Avila. Es un libro henchido de amplia y firme visión de Castilla y de un fino conocimiento de su historia del siglo XV y es un libro del que quiero hablaros alguna vez con algún detenimiento. Lo que me permitirá no hablaros directamente de la España de hoy, de esta historia que estamos viviendo, y a la vez hablaros de ella. Pero hoy es otro libro, esta vez de un belga, y sobre España, el que solicita mi atención.

Titúlase "El clavel de Sevilla: impresiones de España" ("L'oeillet de Seville: impressions d'Espagne") y es de un belga, M. E. Joly, que vino en piadosa romería artística a esta España, donde tantas semillas del arte flamenco florecieron. Del arte y del espíritu. Las constantes afinidades que emparentan Bélgica con España "en ninguna parte aparecen más imperiosas que en el aproximamiento de sus místicos del siglo XV con los del gran siglo español". Y M. Joly cita a Teresa de Jesús y a Juan de la Cruz que habían bebido, directa o indirectamente, en la fuente de Ruysbroeck o como se le llamaba aquí en el siglo XVI, en que era conocido de los lectores piadosos, Ruysbroquo. Y como en la mística, en el arte.

Sólo que el arte flamenco borgoñón tomó aquí, en España, o en Castilla más bien, un carácter propio como lo han hecho notar muchos y ahora M. Joly. Dió nuestro barroco, ese barroco al que fué de moda en un tiempo tucharle de mal gusto. Moda que ahora parece que se convierte en contrario. ¿Mal gusto? "¡Qué expresivas son de ordinario las cosas cuyo mal gusto se afirma y cómo hay que quererlas!"—exclama M. Joly. Y añade: "Este mal gusto casi siempre no es más que la traducción de un estado transitorio en un país, una época; el estado ése pasó tan pronto que ni los mismos que lo expresaron se dieron cuenta de ello..." Y en otro pasaje de su libro, hablándonos del transparente del altar mayor de la catedral de Toledo, obra de Nariso Tomé "conocida por su mal gusto", añade: "Una vez más señalemos, como lo hemos hecho en Burgos, lo que puede tener a las veces de apasionante una obra que falta a la belleza estricta! La que tenemos ante los ojos se acusa llena de énfasis; el estilo barroco se exaspera todavía en su fervor".

¡El énfasis! ¡Ya salió aquello! ¡El énfasis español! Y siempre recordaré a este respecto lo que le dije una vez a uno de mis buenos amigos franceses cuando al entrar en la iglesia de San Esteban, la de los dominicos, de esta ciudad de Salamanca y encontrarse ante el espléndido retablo dorado de Churriguera—que a ciertas horas y cierta luz es una puerta de llamas—exclamó: "voilà l'emphasis espagnol!" ("he ahí el énfasis español!"). Y yo: "oui, mais dans les esprits de nature emphatique l'emphasis est naturel" ("sí, pero en los espíritus de naturaleza enfática el énfasis es natural!") Y emprendí la defensa de Churriguera y luego de Góngora y después la de Victor Hugo, otro enfático a la española.

Alguien ha sostenido, y últimamente también José Ortega Gasset, que aquí hasta el paisaje es barroco. Y M. Joly, que habla de las formas y los colores de la roca tales como los hacen "tan sólo la quemadura del aire y el desgaste de las aguas", ha de haber comprendido la barroqueidad de nuestros paisajes, sobre todo de los serranos. ¡Esas rocosas montañas negras cuando las cubre el manto de la nieve! ¡Enormes monjes de hábito negro y capa blanca! Lo contrario de los dominicos.

M. Joly titula a los capítulos de su obra: "Burgos y el heroísmo español", "Toledo y el misticismo español", "Granada y el sentido de la vida", "El Escorial y el sentido de la muerte", "Sevilla y la escultura española", "Madrid y la pintura española", pero no nos habla de otros santuarios de España. Al hablarnos, a propósito de Toledo, del misticismo español, nos trae—¿y cómo no?—a Avila que "os envuelve en una hora del siglo XIII castellano" y de sus murallas. Y acaso para hablar de la escultura española, de la más genuina escultura española, de la talla en madera y policromada, habría que detenerse en Valladolid y en su maravilloso Museo. Que el Cristo de Hernández bien vale el de Montañés.

Estos ensayos o estudios—que así son—de Joly sobre el alma de España van precedidos de una especie de prólogo sobre el arte del viaje que no tengo sino decir que en él se sustenta la misma doctrina que he sustentado en el prólogo de mi último libro: "Andanzas y visiones españolas" en que he recogido mis impresiones de viajes por España, publicadas antes muchas de ellas, no todas, en estas mismas columnas. Edmundo Joly sostiene que el paisaje literario, la descripción—y meditación, añado yo—de los paisajes es un género por sí y no un accesorio de la novela. "Flaubert—nos recuerda—no admitía que sus cuadros deslumbradores pudiesen valer por sí mismos, animarse con una vi-

da y un sentido propio. Lo declara de una manera curiosa: El viaje no debe ir más que a enfurtir una novela". Y añade Joly que hay que llegar a Adriano Mithonard "para que el viaje inspire, en fin, una forma literaria exenta de toda sujeción extraña a su objeto, de todo interés de aventura o de confrontación lírica con el autor, encontrando en sí mismo así su fin como sus medios de expresión".

Yo de mí sé decir que cuando en una novela que como tal, como novela, me interesa, sobre todo si tiene valor dramático, resisto mal las descripciones de paisajes y las salto; las mismas descripciones que acaso leyerá con deleite separadas del resto del relato. Y por esto en mis últimas novelas—"Abel Sánchez", "La tía Tula", "Tres novelas ejemplares"—he cuidado de no entorpecer y distraer la narración dramática con descripciones de lugares o de otra clase. Evitando a la vez el colorido local y temporal, la geografía y la cronología.

El libro de Joly es un libro de viajes, es un libro de impresiones de un viajero, de un romero en España, pero no es meramente descriptivo, no es una guía para los turistas. Las guías para los turistas suelen carecer de arte. Verdad es que los turistas también suelen carecer de él. El turista viaja, es cosa muy sabida, no para ver algo, sino para poder contar que lo ha visto. Joly medita y hasta filosofa a su manera. Aunque es claro que a su manera ha de ser. A la manera de un belga que se ha encariñado con España.

¡Ah, y lo que es que voces de fuera, de la heroica Bélgica de 1914, nos hablen del heroísmo español! Joly cree que España encarnó el heroísmo "el del pensamiento como el de la acción, el de la belleza como el del deber". Y agrega: "Por esto es por lo que el mundo le debe tanto, desde el Occidente dos veces libertado por ella, los moros rechazados, los turcos deshechos en Lepanto, hasta las realizaciones de pensamiento y de arte que son tan graves y fecundas como el brillo de la más hermosa sangre derramada por la más hermosa de las causas". ¡Gracias, gracias! Pero habían quedado no pocos españoles en que el heroísmo español se derrió en la risa amarga del "Quijote", se disolvió en el quijotismo. Aunque ya ni quijotismo...

Y ahora, mientras pasan estos días preñados de las tinieblas de un porvenir, de un porvenir obscurísimo, voy a seguir leyendo este libro de M. E. Joly, que espero me ha de sugerir nuevos comentarios. Si es que en tanto no estalla este insostenible estado de cosas. Que el viejo heroísmo español, el quijotismo, se está enfangando las alas.